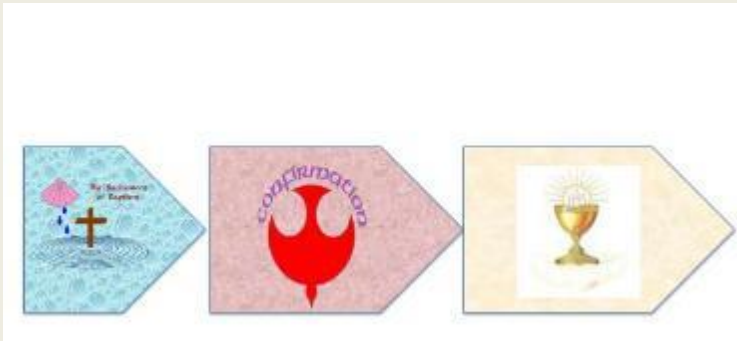




EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA:

Fuente y culmen de la
vida cristiana



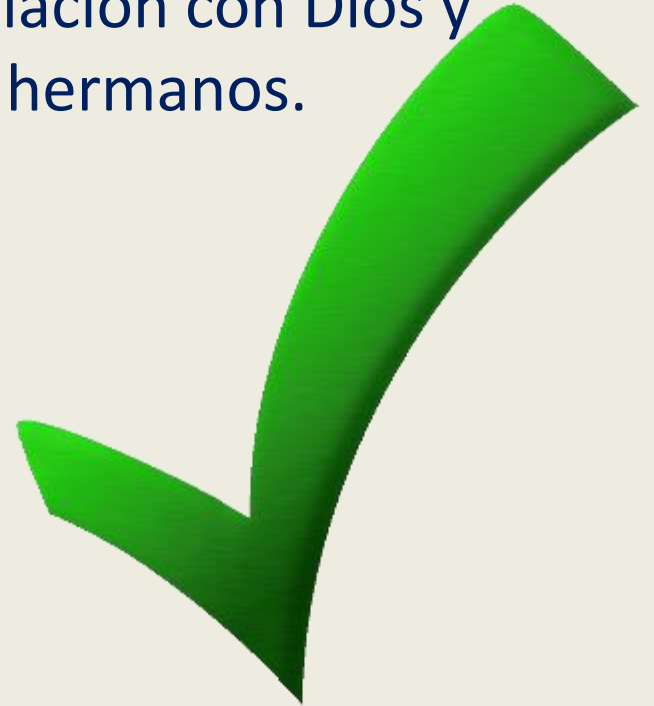
Los sacramentos de iniciación (bautismo, confirmación y eucaristía) constituyen un camino parecido al que se da en nuestra vida:

Nacemos, crecemos y nos alimentamos.

Los nacidos a la vida de hijos de Dios por el bautismo crecen con la confirmación y son alimentados en la eucaristía



La misa del domingo es más que una obligación.
Es el momento más importante en nuestra relación con Dios y con nuestros hermanos.





Somos convocados por Dios.

En la eucaristía somos convocados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo como asamblea del Pueblo de Dios.

Escuchamos y acogemos la Palabra de Dios.

En las lecturas escuchamos al Señor que nos habla.

Luego el sacerdote nos ayuda a descubrir la actualidad y el sentido de esas palabras.

El Espíritu Santo nos ayuda a acoger esa Palabra y a llevarla a los demás.



Celebramos el memorial del Señor.

Celebramos el misterio de la Muerte y Resurrección del Señor.

Hacemos memoria de los acontecimientos salvadores.

No simplemente los recordamos.

También hacemos una actualización, siempre viva y eficaz.

Por el Espíritu Santo el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y Sangre de Cristo.

La comunión aumenta nuestra unión con Cristo y con la Iglesia.



Somos enviados a ser sus testigos.

La eucaristía acaba con la invitación de llevar a los demás lo que el Señor nos ha dado.

¿Cuándo debemos participar de la Santa Misa?

Todos los domingos y fiestas de precepto existe la obligación de participar en la santa misa.

Existe la obligación de comulgar al menos una vez al año durante el tiempo de Pascua.

Para comulgar: estar incorporado a la Iglesia; estar en gracia de Dios, esto es, no tener conciencia de haber cometido pecado mortal. En caso de pecado grave, antes confesión.





Es una tradición que viene del Señor.

San Pablo a los Corintios:

“Porque yo re recibido una tradición que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: “Este es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía”. Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: “Este cáliz es la nueva Alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis en memoria mía”.



Durante los primeros tiempos los cristianos se reunían los domingos principalmente para cumplir lo que Jesús había mandado en la última Cena:

“Haced este en conmemoración mía”.

Desde entonces los cristianos seguimos reuniéndonos para celebrar la eucaristía.

La “Didaché” (documento del siglo II):

“Reunidos cada domingo, partid el pan y dad gracias después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro”.



Sin el domingo no podemos vivir

A principios del siglo IV el cristianismo estaba prohibido.

Unos cristianos del norte de África desafiaron esa prohibición.

Fueron martirizados diciendo que no podían vivir sin la eucaristía.

Nosotros tampoco hemos de poder vivir sin participar en el sacramento de nuestra salvación.

¿Qué tiene de extraño que deseemos vivir según la novedad introducida por Cristo en el misterio de la eucaristía?



A esta reunión la Iglesia la designa de muchas maneras.

Santa misa.

Cena del Señor.

Fracción del Pan.

Celebración eucarística.

Memorial de la Pasión, Muerte y Resurrección.

Santo Sacrificio.

Santa y divina liturgia.

Santos misterios.

Santísimo sacramento del altar.

Sagrada comunión.



Cristo mismo se nos da como alimento

En la eucaristía se hacen presentes en el tiempo los acontecimientos salvadores de la Muerte y Resurrección de Jesús.

Cristo se nos da como alimento y como bebida para la vida eterna.

Por eso es fuente y culmen de toda la vida cristiana.

Sus efectos son la comunión en la vida divina y la unidad del Pueblo de Dios.

Anticipamos la vida eterna.

El Sagrario: corazón vivo de nuestros templos.



Al terminar la misa el sacerdote guarda en el sagrario el pan consagrado.

La Iglesia lo custodia con especial veneración.

Se hace llegar a los enfermos.

Creemos que Cristo resucitado está verdaderamente presente en el pan consagrado.

Por eso existe la costumbre de orar ante el sagrario: la visita y adoración ante el Santísimo.